

1993

Testimonio y verdad: un testimonio sobre la guerrilla

Angela Zago

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Zago, Angela (Primavera 1993) "Testimonio y verdad: un testimonio sobre la guerrilla," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 37, Article 7.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss37/7>

This Testimonios is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

TESTIMONIO Y VERDAD: UN TESTIMONIO SOBRE LA GUERRILLA

Angela Zago

Aún hoy pregunto: ¿qué impulsa a una persona a escribir un texto? ¿cuáles son — en lo profundo de su ser — las verdaderas motivaciones? Cuando apenas estudiaba el primer año de Periodismo, los compañeros que se reunían conmigo para discutir los temas, o realizar los trabajos que los profesores entonces no exigían, digo, estos compañeros, querían ser escritores. Yo, honestamente, no. Pensaba en la escritura como objeto del periodismo, no de la literatura. Mi formación me indicaba que era necesario separar radicalmente ambos conceptos y, en mi caso, mi inclinación fundamental era hacia la reseña de los hechos o personajes que movían la sociedad.

Observaba la literatura como el mundo individual de un extraño señor o señora que podía fascinarme con su imaginación. Consideraba que en los textos literarios no debía aparecer, no aparecía, la realidad con todos sus fundamentos. En aquella época, creía en la objetividad periodística y confundía objeto con verdad. Mientras discernía acerca de estas ideas, buscaba afanosamente a un profesional a quien le pudiera contar los sucesos ocurridos en el Frente Guerrillero para explicarle quiénes éramos, por qué participamos en estos hechos y cuál era la verdad de lo que había sucedido. Debo decir que para el momento existía en mi país abundante y confusa información acerca de estos sucesos. Esta información se podía resumir en pocas palabras: quienes defendían a los guerrilleros afirmaban que éramos héroes extraordinarios, superhombres o supermujeres en estado de perfección: sin dudas, ni errores, ni miserias, amores, odios... irreales. Quienes nos adversaban sostenían criterios opuestos: prostitutas, asesinos, bandoleros, terroristas, inadaptados. Ambos mentían y los verdaderos protagonistas de estos acontecimientos ya para ese entonces, estábamos dentro de una realidad dolorosa, frustrante e insegura. Los

simientes filosóficos y humanos que nos habían sostenido parecían asentarse en un pantano profundo.

Tal como narro en otro texto, la voz de un profesor de entonces, hermano de nuestro Primer Comandante, hizo que me le acercara para consultarle mis dudas, mi angustia. El me alentó a escribir nuestra pequeña historia con una frase que hoy considero dudosa; me dijo entonces que para escribir sólo se necesita tener algo que decir. Audaz, arriesgada, decidí contar mi versión de los hechos que ocurrieron entre 1964 y 1965 en el Frente Guerrillero Simón Bolívar. Este Frente se extendía entre los Estados Lara y Portuguesa, al oeste de Venezuela y la Brigada 21 a la cual pertenecía el Destacamento donde me ubicaron, operaba en las montañas de Lara.

Este texto fue escrito con más pasión, amor y dolor que conocimiento de las normas o reglas del lenguaje. No aspiraba a su publicación, más bien quería obtener la atención de mis amigos y camaradas e intentar rescatar la formación que nos había llevado a integrar un movimiento armado, donde no sólo se exponía la vida, que para ese entonces no tenía gran importancia, en tal caso se arriesgaba la libertad y se tocaba la sensibilidad de quienes en una forma romántica, dejamos nuestra comodidad “pequeño burguesa” para ubicarnos al lado de una clase social que no era la nuestra. En aquellos años ser obrero o campesino significaba un orgullo, y quienes teníamos el pecado original de pertenecer a las clases pudientes debíamos lavar nuestra culpa en las aguas de la lucha y el sacrificio. Se hallaba demasiado cerca la victoria de la revolución cubana como para no sentirnos culpables de no obtener el poder, y de esta manera mejorar la situación de la mayoría que vivía con limitaciones económicas y sociales.

Creo necesario explicar que el movimiento armado venezolano fue derrotado primero militarmente y más tarde políticamente. Es en esta época cuando inicio la redacción de ese, llamemos papel de trabajo, que me serviría para opinar acerca de nuestros logros y errores. Los guerrilleros de entonces, en cumplimiento de una orden de nuestro Partido, habíamos abandonado la montaña e iniciábamos una posible integración a la vida social, normal. A la mayoría de nosotros esta integración le fue muy dolorosa; significaba que admitíamos la derrota y debíamos tumbar el basamento que nos había servido de apoyo en la vida diaria de los últimos años. No era sólo cambiar una táctica política o militar, no, era desmontar nuestros hábitos, nuestros deseos, nuestro pensamiento y reiniciar una nueva vida. Para entender el dolor o la frustración que esta decisión nos producía, hoy es necesario saber que años antes habíamos hecho lo mismo con la vida diaria hogareña, es decir, habíamos desmontado esa vida para realizar la otra.

Bien, “*Aquí no ha pasado nada*” digamos que es la versión de parte de mi vida que le hubiera contado a un buen amigo, a un buen siquiatra, para botar el dolor e iniciar el nuevo camino. Es honesto decir que me ha servido para mucho más. Inexplicablemente, el texto, primero fue pedido por una editorial para

publicarlo. Pensé: bueno, otro papel clandestino con un poco más de difusión. Apenas tenía unas 60 cuartillas escritas cuando la editorial se interesó en mi escrito. La primera reacción en contra fue de un familiar muy cercano que se preocupaba por la posibilidad de represión inmediata. Esa oposición no fue importante, lo contrario, sirvió de aliciente: si había represión significaba que aún había lucha, que aún éramos enemigos importantes. Digamos que había algo que discutir. Pero, no, no hubo represión.

En poco tiempo fui sorprendida con la idea de que ésta, yo, estudiante de periodismo, era escritora: el libro fue el mayor éxito editorial de la temporada. De la manga de un mago aparecieron notas críticas favorables, invitaciones a foros, comidas... un mundo totalmente desconocido para mí. No había transcurrido un año cuando comenzaron a llegarme recortes de prensa enviados por periodistas amigos desde Chile — gobernaba Allende entonces —, desde Buenos Aires, México, y más tarde supe por un extupamaro uruguayo, que miembros de este movimiento que también habían iniciado el derrumbe, leyeron el libro, como parte del — llamémoslo — consuelo de su situación. El libro fue traducido al italiano y al alemán y recibí cuatro proposiciones para realizar una película. Aún hoy me pregunto: ¿qué fue lo que pasó? Lo narro porque creo que lo que sucedió es que el lector de entonces, como el de ahora, necesita sentir la verdad, la simpleza de los hechos complejos de la vida. Señalo esto para adelantarme a una pregunta que me realizó el profesor Julio Ortega: ¿Cuánto se puede decir y cuánto realmente se pierde en la escritura?

Pienso que se puede decir mucho, mucho más de lo que algunos escritores se atreven. A veces siento que amigos buenos escritores se preocupan más de la forma que del fondo y que tienen miedo, un terrible miedo a quitarse la ropa en público y que alguien grite ¡qué feo eres!! ¡cuántos errores cometes!!. Mientras piensan en esto, cuidan profundamente cada palabra, cada frase. “Aquí no ha pasado nada” fue un borrador no corregido que un editor audaz se atrevió a publicar sin retocar y que yo nunca leí hasta hace poco tiempo, cuando me enviaron las pruebas para que revisara la sexta edición. No lo leí porque estaba sumamente asustada y porque tal como lo sospechaba, la lectura produjo lágrimas por unos sucesos que ocurrieron hace ya más de veinte años. Por ello me atrevería a preguntar: este texto, ¿es literatura? ¿es lo que los teóricos aceptan como trabajo literario?

Bien, volviendo al asunto de cuánto se puede decir, podría comentar que si el escritor tiene una meta diferente a aquélla de realizar sólo literatura pura, sin otra intención, ni ánimo, se puede decir todo lo que la honestidad, seguridad y sentimiento permitan. En la escritura quizás se pierde un poco de esa emoción que queda entre el pensamiento y el acto de escribir. De todas formas, si mi intención es transmitir dolor, amor, odio, dudas, y tengo capacidad para expresar esto, es posible que mi verdad quede impresa. Creo menester explicar ¿por qué era posible que en “*Aquí no ha pasado nada*” se dijera lo más y no lo menos? Simplemente porque en ese momento el compromiso era humano,

sentimental, “conmigo” más que con personas, familia o grupo alguno; mucho menos con proposiciones literarias. El compromiso se inciaba en lo más profundo de mi sentimiento y después se enlazaba en los sentimientos de mis amigos, amigos no camaradas. Quiero expresar con esto en los seres con quienes me unían sentimientos de amistad, amor y no sólo de camaradería político-social. Ya no importaban las propuestas de nuestro partido, ni de nuestro grupo, ni de mi familia. Lo importante realmente era lo que estaba sucediendo, lo que quería expresar para que me oyeran y obtuviera respuesta, réplica que sólo aspiraba de mis amigos. Después, después se transformó en, podríamos decir ¿literatura?

El texto en cierta forma se convirtió en una escritura de denuncia, no tenía esa pretensión, pero así sucedió. Es increíble saber que la mayoría de nuestros propios aliados, dirigentes o enemigos, no se habían detenido a pensar quiénes éramos esos jóvenes que un buen día habíamos salido de nuestro escenario hogareño y sin pensar mucho acudimos a un llamado donde en alguna esquina, detrás de alguna roca nos esperaba la muerte o, lo más duro, la soledad. No sé, quizás es un sentimiento exagerado, pero creo que comencé a amar a las personas, a quererlas realmente y tratar de entenderlas en un medio que no era el más propicio. Comprendo ahora que la muerte acerca a los seres humanos.

Para mi sorpresa, nuestros enemigos ideológicos o militares se asombraron de los sucesos y sobretodo del tipo de protagonista que se encontraba vinculado al movimiento armado. Era desconcertante. Es necesario entender que el venezolano del siglo XX no es violento. Me explico: si un joven venezolano participó de un hecho sangriento, cruel, debió estar acorralado o tener un ideal, una meta extraordinaria. Aún recuerdo el agobio de un joven Comandante guerrillero (entonces él tenía 27 años) cuando regresó de una emboscada donde su comando había sacado 20, desde el punto de vista militar. Este grupo había emboscado a jóvenes miembros del ejército venezolano; había operado de tal forma que tuvieron tiempo hasta de ayudar a los heridos del enemigo. Mi amigo se había detenido a encender el vehículo donde aún había heridos, los había acomodado en los asientos y les había pedido disculpas por la emboscada. Incluso señaló su dolor y trató de explicar que estaba de por medio el problema revolucionario... los jóvenes enemigos le contestaban “sí, caballero, sí caballero”... es poco posible imaginarse esa escena. Este mismo Comandante, pocos meses después, fue capturado en una operación por un Comando Antiguerillero y tres días después lanzado desde un helicóptero al vacío. Por supuesto, seguimos esperando el texto verdadero de los jóvenes que pertenecían al otro bando. Insisto, y entiendo que una de las metas de este simposio es conocer o saber más de Venezuela y de los venezolanos; por ello afirmo que no somos un pueblo violento. Romántico sí, bromista, irresponsables algunos, descalificador de nuestros valores, sí.

Hago hincapié en la idea de que no somos un pueblo violento porque quizás sea más sencillo entender lo difícil de las operaciones militares,

agresiones reales contra él, para entonces, enemigo inmediato. Los guerrilleros éramos muchachos estudiantes universitarios: la mayoría con una vida estable. Nunca antes nos habíamos encontrado con la violencia inmediata real. La guerra estaba en vivencias de algunos jóvenes de padres emigrantes europeos o en los libros, o, sencillamente en la falsa sangre de Hollywood, muy lejos de nosotros. Los verdaderos adultos, hombres o mujeres que en la mayoría no alcanzaban los cuarenta años y que habían participado en la lucha contra la dictadura, tenían amigos en el sector oficial y ocurrió más de una vez que miembros del partido de gobierno escondieron a guerrilleros o se hicieron “la vista gorda” para no delatar el sitio donde un subversivo se “enconchaba”. Hubo hasta ministros del gobierno que escondieron amigos guerrilleros.

¿Cómo fue posible entonces que el ejército venezolano llegara a hechos crueles, criminales, violaciones, muertes a golpes, etc...? Nuestros jóvenes oficiales tuvieron que ser sacados del ámbito nacional, llevados fuera del país, a la zona del Canal, e instruidos bajo la idea de que nosotros éramos seres extraños, no nacionales, apátridas, entrenados en lugares terribles, dispuestos a matar a la familia, a los niños, a las mujeres... Muchos disparaban asustados ante una culebra... Hubo torturadores detestables, pero no fueron los más. Hoy no existe separación radical entre los antiguos bandos. Yo, por ejemplo, he tenido la oportunidad de sentarme a hablar con un jefe de Operaciones Antiguerilleras y señalarle su crueldad, su violencia, sin molestarle, sin que él se moleste. Los recuerdos violentos nos enristrecen, nos turban, pero no nos produce una ira tal que necesitemos aniquilar al antiguo enemigo. Insisto en señalar este punto, porque cuando se publicó el libro lo que obtuve fue solidaridad, amor, aprecio. Si hubo críticas, fueron a sotto voce, no llegaron hasta mí.

Quiero que me permitan hablar acerca del lenguaje. El lenguaje que se utiliza está relacionado con las aspiraciones del escritor. Es lógico suponer que, si mis intenciones eran sacar el espíritu y ponerlo en discusión, lo que más me interesaba era ser entendida por los demás. Que me comprendiera más la gente común que la intelectual. Aquella gente no conocedora, no ducha en la investigación de lo que está detrás del texto. No me detuve a pensar si había imágenes literarias o no. Nunca, ni siquiera ahora he leído o escrito con otra intención que no sea aquella de hacerme entender. Como periodista me pregunto ante cualquier texto que redacto: ¿está claro? Si el texto produce dudas y preguntas como ¿qué querías decir cuando escribiste tal frase o párrafo? Me digo: debo reescribir el texto. Preciso que la idea es más de comunicación que de proposición literaria. No tengo proposiciones literarias. Me emociono ante los buenos literatos y cuando descubro lo que uno de ellos quiso hacer con el lenguaje, digamos la construcción de una buena novela, un nuevo estilo, me impresiono: ¡qué maravilla! Nunca me he sentado ante la máquina de escribir con un esquema pre-hecho. Pienso muy a lo periodista: debo atrapar al lector.

El profesor Ortega me pregunta: ¿escribir lo vivido es darle una forma, un sentido ulterior? Visto a esta distancia contesto que sí. En aquel momento

no tenía la intención de darle una forma literaria a lo que había vivido. Hoy, en día, doy gracias a los dioses por abrirme el camino. Qué bueno que me sentí tan triste, tan desolada, tan frustrada. Qué pena me daría si hoy mis amigos muertos no tuvieran por lo menos, un recuerdo a través de un texto; una canción, cualquier expresión. Ellos viven como viven los personajes de los cuentos de hadas. Mi hija más pequeña, de cinco años, revive cada día la historia de la sirenita que quiso ser humana para atrapar a su príncipe. La sirenita está viva, permanece entre las paredes de nuestra casa y muchas veces asiste con mi hija hasta el pre-escolar. Marcelo, El Comandante Argimiro Gabaldón, María, todos los integrantes del Destacamento, al paso de los años continúan caminando a mi lado. Ahora su andar es más suave, no me causan angustias, ahora me dan alegría. La sociedad actual es muy confusa, ya ni siquiera me atrevo a afirmar que Dios no existe. Es increíble, todo ha cambiado. Las ideologías se mezclan. Nuestro planeta es cada vez más pequeño y la información al momento del suceso me aturde. Antes me entristecía que el mundo entero no fuera socialista: hoy, hace poco tiempo, pude ver a través de la televisión y gracias a una antena parabólica, a las personas que destruían con sus manos, el muro de Berlín, y... yo estaba feliz por ellos. Por primera vez pensé en lo terrible que hubiera sido que mi país se dividiera en dos y, de un lado hubieran quedado mis amigos, el muchacho que me gustaba, vaya, el tarantín donde compraba el periódico; y del otro lado yo. Terrible... no obstante me quedan mis recuerdos: los personajes de mi pequeña historia. Mis amigos y yo somos los verdaderos triunfadores de esos años. Para nosotros fue fundamental tener un anhelo, una ilusión. Nuestra adolescencia y juventud estuvo plena de emociones, de pasiones y ninguno tuvo un interés que no fuera el interés por otros, los desasistidos de la sociedad.

Tuvimos tanta ventura que nuestro movimiento no necesitó de componendas, ni acuerdos de bajo calibre. La vinculación fue ideológica, fue de pensamiento. Quienes tenían otras intenciones terminaron formando parte de la policía o de grupos diferentes a los nuestros. Hubieran sido igualmente corruptos: ellos, sí se equivocaron cuando pasaron por nuestras filas; nosotros, no.

Hoy, no creo que importe tanto si la estrategia o la táctica política fue válida. A esta altura del acontecer mundial, lo importante es rescatar el amor de los hombres por los hombres, ya no estorba su clase social, ni su pensamiento político, lo que realmente interesa es su calidad de ser humano. Esa es para mí y para mis amigos, la verdadera revolución, la más difícil.

Se acusa a la juventud actual de no tener ideales políticos y de no formar parte de grupos o partidos ¡por Dios! ¿de cuál grupo? Los jóvenes, al igual que la sociedad, han entrado en el período de la reflexión y ¿quién dice que es dañino reflexionar? Realmente no creo que sean indiferentes: se encuentran en plena búsqueda y nosotros también estamos en lo mismo.

Este tipo de encuentro sirve para la reflexión literaria como para

profundizar más acerca del ser latinoamericano. La verdad es que estuvimos pendientes de buscar en la cultura europea o norteamericana nuestro futuro. Pareciera como pueblo, que no hubiéramos entendido que tenemos nuestra propia proposición como seres humanos y que es tan importante como la de otros pueblos. Sin desestimar lo que la cultura universal nos ofrece, es imprescindible agregar que también tenemos nuestra luz, nuestra forma de expresar pensamientos, ideas. Estas nos hacen respetables y con ellas podemos finalizar este siglo, donde, por cierto, se han derrumbado todas las propuestas europeas y las nuestras aún no se han presentado.